

Los ideales de una Raza

Gustavo Urrutia y su proyecto sociocultural
«Ideales de una Raza»

Los diez primeros artículos (Abril de 1928)

Pedro Alexander Cubas Hernández*

I.- Un apunte sobre el palpitar de la circunstancia nacional en la década del veinte

La República quedó instaurada en Cuba (1902) con todos sus atributos propios; pero con una peculiaridad: aunque el presidente «gobernaba» de hecho y de derecho al pueblo, el país no podía autogobernarse totalmente como Estado Nacional debido a la acción interventora de Estados Unidos. La Enmienda Platt (aprobada como apéndice de la Constitución de 1901 y convertida más tarde –1903– en Tratado Permanente según estipuló el artículo VIII del documento plattista)¹ y el Tratado de Reciprocidad Comercial suscrito entre ambos países (que entró en vigor en 1903)² fueron, sin duda, los elementos capitales del mecanismo de dominación neocolonial impuesto por el imperialismo *yankee*. De esta manera, los norteamericanos atenazaron a la isla con sus tentáculos para mantenerla a su merced. En los años veinte todavía estaban vigentes dichos dictados, lo cual evidenciaba que Cuba era un país con soberanía limitada y tampoco existió realmente una reciprocidad en el comercio con los nortños.

Ciertamente, tras la crisis de 1920 la economía cubana recibió un rudo golpe porque el porcentaje de participación de Cuba en el mercado estadounidense y mundial sufrió una variación sustancial como consecuencia del establecimiento de aranceles y luego de cuotas para la exportación del azúcar (rubro básico del acuerdo comercial bilateral con Estados Unidos); la banca local (cubana y española) quedó muy debilitada y relegada a un segundo plano porque la Oligarquía Financiera norteamericana logró el control de las

* M. Sc. Universidad de la Habana, Investigador del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana.

1. Pichardo, Hortensia 1973. - *Documentos para la Historia de Cuba* – tomo II, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, pp. 119-120.

2. Pichardo, Hortensia, 1973, op cit., pp. 212-217 y 230-249.

finanzas del país. Los sectores industriales y agrícolas no azucareros y otros grupos vinculados al mercado interno quedaron muy afectados porque no podían conseguir crédito. Por otro lado, el precio de los artículos de primera necesidad se mantuvo a niveles muy altos; subieron los alquileres; la carestía de la vida registró un incremento considerable³. Y, por consiguiente, continuó la profundización del cisma que siempre separa a ricos y pobres. Cuba padecía los efectos negativos de una economía deformada y cada vez más dependiente del denominado Coloso del Norte.

En este clima de tensión nacional, Alfredo Zayas asumió la presidencia (1921). Su misión urgente, como máximo mandatario, era sacar al país de la crisis económica⁴. Por un lado, su gabinete gubernamental trabajó en la estabilización de la producción azucarera lo cual se logró; pero con niveles inferiores al período anterior tanto en el área productiva como en el precio para comercializar los resultados. Y, por otro, el Presidente decretó una Ley de Liquidación de la Moratoria Bancaria establecida a fines de 1920 por su antecesor (Mario García Menocal). Además de tales importantes medidas para contrarrestar esta precaria situación, la economía cubana recibió una inyección de capitales *yankee* por concepto de empréstito (que lógicamente agudizó su endeudamiento con la nueva metrópoli).

Los problemas en el orden socioeconómico también agravaron la situación sociopolítica que llegó a su clímax en 1923. La venta del Convento de Santa Clara por una suma de dinero superior a su costo real fue el acontecimiento que provocó la exteriorización en público del sentimiento de repulsión de la población habanera contra el desparpajo de los politiqueros. Esta transacción significó no solamente una malversación de los fondos públicos sino también una ofensa al patrimonio histórico de la nación que estaba siendo objeto de una manipulación mercantilista. Por estos motivos la reacción fue inmediata.

La respuesta fue dada por un grupo de jóvenes intelectuales. Dicho acontecimiento se conoce como la Protesta de los Trece (18 de marzo de 1923). Horas después los participantes en este acto cívico redactaron y publicaron un manifiesto en el cual dejaron clara su inconformidad con los sucios manejos del gobierno. En ese año tomó fuerza el Grupo Minorista; surgió la Falange de Acción Cubana (que posteriormente se fundió con el Movimiento de Veteranos y Patriotas), se formó la Junta Cubana de Renovación Nacional, entró en acción la Federación de Estudiantes de la Universidad de la Habana con el movimiento de reforma universitaria y la celebración del Congreso Nacional de Estudiantes; hubo un mayor auge del movimiento obrero (ferroviarios y azucareros), que desde 1919 organizaba huelgas muy importantes; y sesionó el Primer Congreso Nacional de Mujeres.

Todos estos hechos históricos son relevantes porque reflejan la toma de conciencia de los participantes acerca de los problemas del país y fue más directo el cuestionamiento del estatus quo establecido. Tales acontecimientos se desarrollaron en el marco de un gobierno que puede considerarse democrático, porque Zayas fue tolerante al per-

3. Le Riverend, Julio 1975. - *La República. Dependencia y Revolución* - La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, pp. 165-179; Pino-Santos, Oscar 1973. - *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui* - La Habana: Orbe, Instituto Cubano del Libro, pp. 71-135.

4. Toro, Carlos del & Gregorio Collazo 1998. - «Primeras manifestaciones de la crisis del sistema neocolonial (1921 - 1925)» - en: Instituto de Historia de Cuba 1998, *Historia de Cuba. La Neocolonia. Organización y crisis desde 1899 hasta 1940*. La Habana: Editorial Félix Varela, 2004, p. 204.

mitir que diversos sectores sociales se organizaran y expresaran sus estados de opinión. Es decir, fue fiel a este ideal a contrapelo de ser atacado por dichos sectores sociales desde todos los flancos posibles. Sin embargo, su sucesor Gerardo Machado (presidente en ejercicio desde 1925), en el ámbito político, fue muy inflexible con la oposición pues nunca dudó en reprimir violentamente a quienes disintiesen de sus dictados. Para cuidarse bien las espaldas supo atraer al Ejército —que desde el Gobierno de Menocal respondía a las órdenes del Presidente de la República— y a todos los estamentos de la Policía Nacional (municipal, secreta y judicial). Además, armó a grupos paramilitares como la «Porra». Con dichas fuerzas a su favor dirigió su «cruzada contra los infieles» que demostró las dos cualidades que caracterizaron su metódica para dirigir: el autoritarismo y la demagogia moralizadora⁵.

Entre 1927 y 1930 el panorama político de Cuba se tornó más convulso aún porque «El General» pretendía perpetuarse en el poder. Su gran objetivo era extender su mandato a seis años (a través de una Prórroga de Poderes), lo cual no estaba previsto por la Carta Magna vigente. Por eso era preciso reformarla para que el dictador consumara su continuismo⁶. Pero varios sectores sociales (especialmente los estudiantes) manifestaron su desacuerdo mediante una lucha sin tregua contra el régimen. Finalmente, el tirano logró materializar sus propósitos a través de una nueva legislación aprobada por el Congreso. En ese contexto estalló la crisis económica y financiera mundial (1929).

En Cuba hubo un crecimiento económico durante el primer cuarto del siglo XX que estuvo basado en la exportación del azúcar. Posteriormente se produjo una desaceleración de este crecimiento, lo cual demostró que no era autosustentable pues dependía del impulso dado por el comercio exterior. La nación cubana, al igual que otros países, sufrió los embates de las crisis económicas de 1920 y de 1929⁷. En disímiles momentos de la década del veinte, ambos colapsos bursátiles influyeron en el funcionamiento del modelo económico neocolonial, impuesto por el gobierno de los Estados Unidos. El primer crack puso en evidencia las carencias que presentaba una economía deformada y dependiente de un país todopoderoso, mientras que el segundo demostró la imposibilidad de esta modalidad de *sistema de servidumbre* para continuar funcionando porque no daba las respuestas necesarias para solucionar el problema socioeconómico cubano.

II.- Notas acerca del movimiento social de negros y mulatos cubanos (1902 – 1928)

La Cuba Republicana de la primera mitad del siglo XX era una sociedad estratificada aunque en la Constitución refrendada en 1901 (y también la aprobada en 1928) constara que blancos, negros y mestizos eran —de igual modo— ciudadanos que tenían iguales de-

5. Los Estudiantes, el Movimiento Obrero y la Prensa fueron los más expoliados por el régimen. Véase: Callaba, Juana Rosa, 1998. - «La alternativa oligárquico-imperialista: Machado» - en: Instituto de Historia de Cuba 1998, *Historia de Cuba. La Neocolonia. Organización y crisis desde 1899 hasta 1940*, La Habana: Editorial Félix Varela, 2004, p. 253.

6. Revisar los Artículos 66 (Atribuciones y Deberes del Presidente) y 115 (Reforma de la Constitución) de la «Constitución de la República de Cuba (1901)»; y un análisis del historiador cubano Emilio Roig de Leuchsenring en: Pichardo, Hortensia 1973. - *Documentos para la Historia de Cuba*. - La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, T. II, pp. 89 y 99-100; T. III, pp.411- 416.

7. Sobre el gran colapso bursátil de 1929 y sus consecuencias para América Latina véase: Prieto, Alberto 1986. - *Apuntes para la historia económica de América Latina*. - La Habana: Editorial Pueblo y Educación, pp. 105-106.

beres y derechos civiles. En realidad, desde la etapa colonial, primaban los intereses socio-clasistas que defendían los más poderosos que en su mayoría eran blancos. Es harto conocido que a partir de la época de dominación española en la sociedad cubana han interactuado, fundamentalmente, las denominadas raza negra y raza blanca⁸. En esta interacción racial los negros han tenido a lo largo de la historia cubana una posición desventajosa respecto a los blancos porque siempre formaron parte de los sectores más humildes y explotados (aunque hubo excepciones). Nuestra historia nacional recoge una serie de momentos en los cuales se narran las vejaciones que sufrieron; pero también la ardua lucha de ellos por sus derechos civiles y contra la discriminación racial desde fines del siglo XIX.

El movimiento social de los negros en Cuba –parafraseando al investigador Tomás Fernández Robaina– se caracterizó por realizar demandas para lograr la igualdad de derechos civiles entre negros y blancos, pero no con la finalidad de favorecer a los negros por encima de los blancos. Tampoco pidió privilegios para ellos como raza. Es decir, aplicaron el precepto de Antonio Maceo, quien dijo alguna vez: *nada pedir como negro, todo como cubano*. Los militantes del Partido Independiente de Color, en cierta medida, llevaron a la práctica esta sentencia macista y, sin embargo, primero fueron acusados de racistas y a posteriori asesinados a mansalva. Ellos ejercieron su derecho a solicitar que su partido volviese a la legalidad, y ante la negativa del gobierno decidieron tomar las armas.

Entre 1902 y 1928 se pueden citar algunos hechos muy importantes relacionados con el movimiento social de los negros cubanos, y también con la política gubernamental del período cuya vinculación con la cuestión racial no puede ser ignorada. Los acontecimientos históricos presentados a continuación están agrupados en razón de los siguientes aspectos (citados por este orden):

- La emergencia de organizaciones sociales, políticas y culturales quedó patente en la fundación de organizaciones como el Comité de Veteranos y Sociedades de Color (1902), la Agrupación Independiente de Color (que de inmediato devino en Partido Independiente de Color, 1908) y la Sociedad de Estudios Científicos y Literarios (1914), así como la fundación, en 1917, del Club Atenas en La Habana.
- La expresión de ideas y puntos de vista a través de la prensa plana se notó con la aparición de publicaciones periódicas dirigidas por negros como: *El Nuevo Criollo* (1904 – 1906), de Rafael Serra; *Previsión* (1908 – 1910), *Reivindicación* (1910) y *Libertad* (1912) que fueron los órganos oficiales del Partido Independiente de Color en La Habana, Sagua la Grande y Santiago de Cuba respectivamente; *Previsión*, fue el órgano del Partido Independiente Nacional (fundado por los disidentes del PIC) en 1910; y *La Antorcha* (1918 – 1919), cuyo máximo artífice fue José Armando Plá;

8. Según el etnólogo cubano Jesús Guancho Pérez, Cuba tiende en la actualidad a consolidarse como una nación uniétnica y multirracial (porque los componentes que integran nuestra población son: indoamericanos, hispánicos, africanos, chinos, caribeños insulares, entre otros). Consúltese Guancho Pérez, Jesús 1996. - *Componentes étnicos de la nación cubana*. - La Habana: Ediciones UNIÓN, pp. 132-136.

por último, la revista *Labor Nueva* (1916) que sacó adelante Primitivo Ramírez Ros. También surgieron columnas que trataban sistemáticamente la problemática racial en Cuba en diarios como *La Prensa*, donde escribió Ramón Vasconcelos –bajo el seudónimo de Tristán– la columna «Palpitaciones de la raza de color» (entre 1915 y 1916) o el *Diario de la Marina* en el que Gustavo Urrutia tuvo a su cargo la sección «Ideales de una Raza» desde 1928.

- La política económica y social del Estado de principios del siglo XX tuvo su manifestación más nítida en la importación de centenares de *braceros* antillanos, desde 1912, que constituyó una estrategia efectiva (implementada por los gobiernos según sus intereses) para obtener mano de obra barata con el fin de explotarla en el entorno agroindustrial. Dichos trabajadores vivieron en Cuba bajo una condición de semiesclavitud. Pero eso no sucedió con los inmigrantes españoles que se asentaron en el país entre fines del siglo XIX y principios del XX porque constituyó una emigración favorecida tanto en la Colonia como en la República. Ellos podían trabajar en mejores empleos a nivel urbano y rural; aunque no todos tuvieron las mismas oportunidades. Unos lograron su objetivo de hacer fortuna y a otros no les fue del todo bien en esa empresa.
- Las acciones políticas en las cuales estuvieron involucrados los negros y mulatos pueden ejemplificarse en acontecimientos como: el mitin celebrado en el Teatro Albizu (1902), en el cual hicieron uso de la palabra varios líderes negros y mulatos, o el genocidio perpetrado contra los militantes del Partido Independiente de Color que se alzaron en 1912. Dicha organización política había sido declarada ilegal en 1910 cuando la *Enmienda Morúa* se convirtió en ley. Y entonces el gobierno, encabezado por el presidente José Miguel Gómez, ordenó al ejército que reprimiera a los rebeldes y sus simpatizantes. Así fue cometida una especie de purga racial.
- Respecto a los vínculos con dirigentes e ideólogos negros de la región centrocaribeña y Estados Unidos, puede citarse la visita a Cuba del líder anticolonialista jamaicano Marcus Mosiah Garvey en 1921 que constituyó otro hito importante. De hecho, según afirmó el historiador Rupert Lewis⁹, en aquellos momentos, en Centroamérica y el Caribe, Cuba era el país con mayor número de dependencias de la Asociación Universal para el Mejoramiento del Negro (Universal Negro Improvement Association, UNIA): 52 en total. Los afiliados a la UNIA en Cuba se consideraban seguidores de los ideales garveyistas. Pero la otra parte de la población negra (por ejemplo, los miembros del Club Atenas de La Habana) discrepaba de los puntos de vista de-

9. Lewis, Rupert 1988. - *Marcus Garvey. Paladín anticolonialista*. - La Habana: Casa de las Américas, pp. 70-79.

fendidos por Garvey ya que se consideraba primeramente cubana y luego negra. Por consiguiente, su influencia se fue disipando con el pasar de los años en la Isla.

La historiadora suiza Aline Helg¹⁰ señaló que el genocidio ocurrido en 1912 contra los independientes de color y otras personas negras que vivían en la zona del conflicto bélico fue un acontecimiento traumático que desprestigió el mito de la igualdad racial en la Cuba capitalista. En mi opinión, la historia de dicha cuestión en Cuba durante las tres primeras décadas del siglo XX tuvo su momento crucial en este hecho puesto que, después de él, nada fue igual en las interrelaciones raciales en Cuba puesto que la discriminación y el racismo aumentaron.

Otro elemento interesante en el movimiento social de los negros cubanos es la pluralidad de criterios que hubo en la lucha contra la discriminación racial. Las alternativas o tendencias de pensamiento que surgieron en este período intentaron, cada una por su parte, darle una solución al denominado problema negro como muestra el análisis que hizo Fernández Robaina sobre un trabajo de José Armando Plá, publicado en el semanario *La Antorcha*, en 1918¹¹, que versaba acerca de las cuatro fórmulas que estaban vigentes hasta el año 1916:

- En la primera hubo figuras como Juan Gualberto Gómez que eran partidarias de «salvar a Cuba por la educación» y esto explica por qué el apoyo de ellos a la Sociedad de Estudios Científicos y Literarios. Gómez opinaba, desde fines del siglo XIX, que si el negro se autosuperaba intelectualmente estaría en condiciones de demostrarle al blanco que poseía su misma cultura y se le abriría el camino de ascenso en la escala social. Se basaba en su ejemplo personal. *Solución individualista.*
- La segunda fue liderada por Lino D'ou y los miembros del Club Atenas quienes consideraban que a través de esta institución los negros (que fuesen pequeños propietarios, profesionales y artistas) lograrían ganarse el reconocimiento social que merecían desde el punto de vista moral e intelectual. Por esa razón era necesario fundar dicho espacio público en todas las provincias del país y, a su vez, quedarían unidas bajo la égida de un Consejo Nacional. *Solución colectivista social.*
- La tercera estaba representada por Martín Morúa Delgado quien opinaba que los negros debían militar en los partidos políticos establecidos en el país. Una vez ahí debían asociarse y, desde las posiciones que pudiesen alcanzar, luchar abiertamente en el marco del proceso electoral para lograr el reconocimiento de sus derechos civiles a través del ejercicio de un sufragio universal limpio y sin manipulaciones. *Solución colectivista política dependiente.*

10. Helg, Aline 2002. - «La masacre racista de 1912 (Fragmento)» - en: *La Jiribilla*, No. 42, La Habana, Febrero de 2002, <http://www.lajiribilla.cu>.

11. Fernández Robaina, Tomás 1994. - *El negro en Cuba 1902 - 1958. Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial.* - La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, pp. 118-123.

- La cuarta opción que presentó Plá manifestaba la vigencia de las ideas defendidas, en su momento, por Evaristo Estenoz, quien se decantó por organizar un partido integrado por negros en 1908. *Solución colectivista política independiente.*

Considero atinado destacar que las cabezas pensantes de cada opción tuvieron un pasado glorioso ligado a la lucha por la independencia de Cuba. Gómez tuvo un vínculo muy estrecho con José Martí y fue quien recibió y transmitió la orden de alzamiento en 1895 para reiniciar la revolución. D'ou, Morúa Delgado y Estenoz fueron oficiales del Ejército Libertador y estuvieron dispuestos a dar su vida por la redención de la patria.

Las tendencias citadas no fueron las únicas que hubo en el movimiento social de los negros cubanos de las tres primeras décadas del siglo XX pues existieron dos más que tomaron fuerza a partir de los años veinte. Una está relacionada con la fundación del Partido Comunista de Cuba en 1925, cuyo acto político estaba inspirado en el triunfo de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia (1917). Los comunistas aseveraban, basados en un ideal clasista utópico, que con el triunfo de una revolución proletaria en Cuba se acabaría el problema negro. Y la otra (sobre la cual profundizaré más adelante) puede considerarse de carácter economicista y se vincula al raciocinio y praxis social del intelectual Gustavo Urrutia (1881-1958). Por último, considero medular el pensamiento de Rafael Serra por su profundidad ideológica.

Dichas tendencias tocan aspectos centrales del problema racista desde diversos puntos de vista (social, cultural, ético, político, ideológico y económico). Pero, independientemente de la viabilidad o no de cada una en aquella época, todas perseguían un objetivo común: la lucha sin tregua para erradicar la discriminación y los prejuicios raciales en Cuba.

III.- El proyecto sociocultural «Ideales de una Raza» y su significación histórica

En la coyuntura histórica de fines de la década del 20 surgió la sección «Ideales de una Raza» en el periódico *Diario de la Marina*. Anteriormente sólo el rotativo *La Prensa* tuvo en sus páginas una columna titulada: «Palpitaciones de la raza de color. Crónica escrita para negros sin taparrabos, mestizos no arrepentidos y blancos de sentido común» (1915-1916), en la cual se trataba de modo sistemático la problemática racial en Cuba. Sin embargo, este espacio atendido por Tristán no contó con la divulgación que años más tarde tuvo «Ideales». Además, en otros grandes medios de prensa como *El Mundo*, *La Discusión*, *El Día* y *La Lucha* salían publicados esporádicamente algunos artículos que versaban sobre dicha cuestión.

12. Consúltese: Archivo Universidad de La Habana, Fondo Secretaría General, *Expediente de estudios del Sr. Gustavo E. Urrutia y Quirós*. Año de 1911, Legajo, letra U-2, No. 77, Folios 49-54

13. - «Los ideales de una raza» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 16 de abril de 1928. p. 1.

14. Después de esta fecha desapareció «Ideales de una raza» (tanto la columna semanal como la páginadominical). Según el ensayista Amauri Francisco Gutiérrez Coto este espacio fue considerado peligroso dada su militancia racial y quedó suspendido. Véase Gutiérrez Coto, Amauri Francisco 2001. - *Acerca de lo negro y la africanía en la lengua literaria de Motivos de son de Nicolás Guillén (un nuevo análisis del problema)*. - Pinar del Río: Ediciones Vitral, p. 11. El Diario de la Marina dejó de circular desde el 12 de enero hasta el 2 de febrero de dicho año como respuesta al estado de censura implantada por el gobierno. *El Mundo* y otros periódicos, salvo el *Heraldo de Cuba* (vocero de la tiranía), cerraron también. Este proceso venía gestándose desde fines de 1930. Gutiérrez Coto no tuvo en cuenta este hecho concreto y por esa razón su afirmación resulta desatinada y poco convincente. Además, el staff del Diario suprimió el Suplemento Dominical. No obstante, Urrutia volvió a escribir para este rotativo desde el domingo 22 de febrero de 1931 y, para continuar su labor periodística, retomó la columna «Armonías» en calidad de sustituta de «Ideales de una Raza».

15. Fernández Robaina, 1994, op. cit., p. 128.

16. Ibarra Cuesta, Jorge 2002. - *La polémica entre Jorge Mañach y Gustavo Urrutia en 1931*. - Ponencia presentada en el evento sobre La masacre de 1912 auspiciado por Color Cubano de la UNEAC, p. 1.

17. Fernández Robaina, 1994, op. cit., p. 127; Fonet, Ambrosio 1967. - *Blanco y negro*. - La Habana: Instituto del Libro, pp. 50-51.

La directiva del Diario tuvo en cuenta dichos factores y decidió crear un espacio dedicado a los negros. La responsabilidad de llevarlo a vías de hecho recayó en el arquitecto Gustavo Eleodoro Urrutia y Quirós¹². Una breve esquela aparecida el 16 de abril de 1928, en primera plana, anunció que:

«La finísima visión del señor Urrutia enfoca, en problemas de honda actualidad, cuanto conviene al progreso, los mayores adelantos y refinamientos de la cultura de la raza de color en Cuba, tratados con una elevación propia del bellísimo tema, de su perfecto conocimiento de las ansiedades de la meritísima clase social y del beneficio patriótico que ha de reportar a nuestro país su perfeccionamiento»¹³.

Bajo estas premisas Urrutia comenzó su labor como columnista del susodicho diario el 18 de abril. Meses más tarde, el 11 de noviembre de 1928, «Ideales de una Raza» comenzó a circular también como una página de la edición dominical (con diversas secciones como: ARMONÍAS, CÓMO NOS VEN, RASGOS Y PERFILES, entre otras). A partir de aquel momento «Ideales de una Raza» fue dotada de una dualidad que poseían otros espacios como RADIO Y ELECTRICIDAD o AUTOMOVILISMO Y AVIACIÓN. Todas las semanas (cualquier día de lunes a sábado) salía una columna en la cual escribía solamente Urrutia y los domingos se publicaba en un formato más amplio –o magazine– donde Urrutia (su director) atendía la sección más importante pues funcionaba como una especie de Editorial: ARMONÍAS (las demás estaban reservadas para sus colaboradores). Desde la salida de la primera página dominical hasta la última (publicada el 4 de enero de 1931)¹⁴ Urrutia exhortó a varios intelectuales destacados (sin distinción de raza ni de sexo) a cooperar en ella.

En relación con la existencia de esta sección es válido cuestionarse ¿Cómo fue posible que un periódico tachado de reaccionario haya dado un espacio a los negros? Fernández Robaina¹⁵ afirmó que dicha página en sí era un ejemplo sutil de discriminación y, por supuesto, un gancho seguro de venta. Y, por tanto, la decisión de los directivos del Diario no se debió sólo a fines filantrópicos sino también a razones de carácter económico. Pero en opinión del historiador Jorge Ibarra Cuesta¹⁶, la razón fundamental fue que este medio periodístico pretendía hacer una labor de cooptación entre intelectuales negros y las sociedades de color.

En otro orden de cosas es preciso significar que «Ideales de una Raza» surgió, como plantearon Nicolás Guillén y Ambrosio Fonet¹⁷, en la época de mayor resonancia del arte y la cultura negra a nivel mundial, y eso repercutió en Cuba. En Europa Occidental hubo un cambio en la visión y percepción de África. Al principio de la expansión de las principales potencias imperialistas europeas, a fines del siglo XIX, dicho continente era concebido solamente como fuente de materia prima (dados sus yacimientos minerales y demás recursos

naturales) y mercado seguro para productos manufacturados. Pero posteriormente, a principios del siglo XX, África comenzó a ser vista y admirada por la vasta riqueza artística y cultural que atesoraba. Esto se une a una expresión de negación de los negros a seguir los patrones culturales impuestos por el colonialismo (fundamentalmente grecolatinos y franceses) y así se produjo una toma de conciencia de la importancia de su pasado cultural africano. Este aspecto dio espíritu de cuerpo al movimiento cultural conocido como: la negritud¹⁸.

En opinión de Guillén¹⁹ «Ideales de una Raza» no fue precursor del llamado movimiento negrista, que surgió, se gestó y se dio a conocer en el Caribe hispanoparlante a principios de los años 30, porque formó parte de él. Sin embargo, Fernández Robaina²⁰ sostuvo como criterio que el pensamiento de Urrutia esbozado a lo largo de esta sección y posteriormente a ella tiene puntos de contacto con el aspecto más atinado que la negritud validaba: la defensa y reafirmación de los valores más positivos de la cultura africana.

Además, dicha sección pertenece al contexto donde destaca el protagonismo del movimiento vanguardista cubano en el campo de las artes y de la literatura. Precisamente durante los años veinte la temática racial adquirió mayor importancia y se insertó entre las disímiles polémicas intelectuales de la denominada *Década Crítica*. La presencia del negro quedó registrada en el quehacer cultural de los intelectuales de la época: en los lienzos de Víctor Manuel o Domingo Ravenet; en las estrofas de Regino Pedroso o del propio Guillén, en las partituras de Amadeo Roldán o Alejandro García Caturla, en los ensayos de Fernando Ortiz, etc.

Respecto al balance de esta sección debe destacarse –como apuntó Lilianne Pividal Herryman²¹– que «Ideales de una Raza» contribuyó al progreso de la sociedad cubana con su atención a los problemas más importantes del país, permitió una mejor comprensión mutua entre negros y blancos y fue un espacio conquistado diariamente con el esfuerzo de quienes pretendieron el prestigio colectivo de la raza negra. Sin embargo, a su entender (y tiene toda la razón) este proyecto sociocultural no barrió con el prejuicio racial, no reivindicó a la raza negra en el sentido en que se pensó, ni tampoco le otorgó su merecido lugar en la mesa común de una sociedad cubana muy estratificada.

IV.- Percepciones iniciales de Gustavo Urrutia sobre el problema racial en Cuba

Las primeras reflexiones emitidas por Gustavo Urrutia en torno a la cuestión racial en Cuba a fines de la década del veinte y principios del treinta están recogidas en la columna «Ideales de una Raza» del *Diario de la Marina*. Pero en este ensayo solamente analizaré los diez primeros artículos publicados por él en dicho espacio (los cuales salieron diariamente desde el 18 hasta el 27 de abril de 1928). Estos

18. Fernández Robaina, Tomás 1986. - «Apuntes para una aproximación al pensamiento y obra de Gustavo E. Urrutia (1881 - 1958)» - en: *Unión*, No. 2, La Habana, p. 142

19. Fernández Robaina, 1994, op cit., p. 128.

20. Fernández Robaina, 1986, op cit., pp. 142-147.

21. Pividal Herryman, Lilianne 2000. - «Ideales de una Raza. Página dominical. Tribuna de ideas cubanas» - en: *Vivarium*, No. XVII, La Habana, junio, p. 63.

textos marcaron su emergencia en el campo del periodismo cubano militante en la lucha por los derechos civiles de los negros. Con el objetivo de examinar su pensamiento me basaré en los siguientes aspectos que no están colocados por orden de importancia:

- 1) Facetas de su vida social.
- 2) Conciencia histórica.
- 3) Concepción o noción de la cultura.
- 4) Construcción sociocultural del concepto de raza.
- 5) Visión de las relaciones interraciales.
- 6) Valoración de la posición del negro en la economía nacional (específicamente en la rama del comercio).
- 7) Percepción de la relación que existe entre la cuestión racial y el nacionalismo cubano.
- 8) Intelección del prejuicio y/o la discriminación raciales.
- 9) ¿A quiénes realmente iba dirigido su mensaje?
- 10) Discurso y direccionalidad discursiva (que se analizará en el último epígrafe).

Urrutia debutó con su artículo «De la propia experiencia», en el cual relató sus vivencias personales para introducir el asunto referente a la cuestión racial. Se remontó al año 1901 cuando tenía veinte años de edad y estudiaba en la Escuela de Comercio de La Habana donde fue alumno eminente y se graduó de profesor mercantil. Y, acto seguido, reconoció que su inserción en la esfera comercial habanera se debió a las buenas recomendaciones que recibió. Primero de un profesor suyo para poder comenzar a trabajar y después del comerciante, que le dio su primer empleo, lo avaló para empezar sus negocios por cuenta propia. Realmente le fue bien como vendedor ambulante y en otros oficios también. Con estos hechos concretos les demostraba a sus antiguos condiscípulos que pese a ser negro pudo dedicarse a labores comerciales y, además, tener la amistad de los empresarios españoles que eran dueños de importantes casas comerciales de la ciudad. Pero volviendo a la actualidad de su vida apuntó que:

«Sin embargo, los sucesores de aquellos aguafiestas de mi tiempo, más avanzados, más telepáticos que sus padres, aunque procuro no oírlos, me impresionan, me dicen cómo lo mío fué [sic] un caso esporádico, que ellos tienen la razón, que como no se vé [sic] ni una sola muchacha negra o mestiza entre la dependencia femenina de esas casas ni de las otras. Y yo no quiero creer en la mala intención ni en el plan preconcebido e inexorable que apuntan. Sería muy triste y yo soy optimista. ¿Pueden haber cambiado esos hombres tan radicalmente? ¿Qué motivos hemos dado?»²²

22. Urrutia, Gustavo E. 1928. - «Ideales de una Raza: De la propia experiencia» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 18 de abril de 1928, p. 8 (1ª sección).

Partiendo de este comentario Urrutia expuso tres propuestas u objetivos que no sólo se mantuvieron latentes a lo largo de su labor en «Ideales de una Raza» sino también reflejaron el espíritu de la lucha del movimiento social de los negros cubanos por la igualdad de derechos civiles:

- Pedir la cooperación de los blancos cultos, inteligentes, prestigiosos y respetables que estudian y denuncian públicamente los males sociales para rectificar ese abandono (léase la marginación de las negras y mestizas) que le parecía accidental.
- Explicar los puntos de vista de los negros cubanos a sus amigos comerciantes para mostrar cómo piensan, cómo sienten, cómo sufren y qué anhelan.
- Manifestar a todo el país las opiniones sobre el problema racial y otros asuntos que a todos (negros y blancos) interesaba resolver conjuntamente.

De este primer artículo, en mi opinión, deben significarse dos cuestiones esenciales: la transmisión del clamor de los negros quienes deseaban que sus demandas sociales fuesen debidamente escuchadas y la percepción acerca de la posición real del negro en la rama del comercio interno, particularmente en la economía de servicios (las tiendas de ropa más lujosas de La Habana).

En su segundo artículo Urrutia se encargó de ampliar las ideas esbozadas en el trabajo anterior y por esta razón lo tituló «Explicando». El centro de su reflexión está enmarcado en lo que él denominó «*el ideal de la raza negra*». A su juicio ese ideal no consistía en trabajar detrás de un mostrador o ser Ministro Plenipotenciario «*sino poder, prácticamente, serlo cuando lo desee, y contribuir con su actividad inteligente al bienestar general, y participar de él*»²³. Es decir, cooperar con el progreso y la felicidad común de todos los cubanos; y disfrutar de ambas cosas. Seguidamente, Urrutia expuso una serie de preguntas que constituyeron una suerte de propuestas que le permitirían examinar grosso modo sobre un basamento subjetivo cuál era el estado de las relaciones interraciales en Cuba durante esa coyuntura histórica (aunque sin dejar de referirse al pasado) y fomentar una solución conciliadora que satisficiera a todos los cubanos:

- ¿Cómo sentimos?
- ¿Cuál es nuestra ideología, a nuestros propios ojos?
- ¿Concuerta la realidad de nuestros ideales y sentimientos con la opinión que de ellos tiene la raza blanca?
- Y si no concuerda, ¿podemos trabajar conjuntamente para localizar el error y eliminarlo?

23. Urrutia, Gustavo E. 1928. - «Ideales de una Raza: Explicando» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 19 de abril de 1928, p. 8 (1ª sección).

Estas interrogantes ubicaron a Urrutia justo en el centro del problema sobre el cual reflexionaba. Sus criterios esenciales acerca de las relaciones interraciales en Cuba en este texto pueden resumirse de esta manera: 1) existió un cariño fraternal entre el blanco y el negro durante la esclavitud y pese a ella, 2) en la guerra de independencia dicha fraternidad fue la base de todos los sacrificios y el alma de la contienda, y 3) con el advenimiento de la República los ideales, la fraternidad y la simpatía que inspiró el negro por su abnegación se vinieron cuesta abajo (o sea, hubo un retroceso). De estos planteamientos se puede inferir que la conciencia histórica que tenía este intelectual lo condicionó e indujo a emitir opiniones de corte ahistórico y carentes de una fundamentación convincente. Presentaba una visión idílica de la Colonia en la cual coincidían (durante la segunda mitad del siglo XIX) la esclavitud, que incluyó el proceso de la abolición, y la guerra de independencia. Ese «cariño fraternal» entre blancos y negros en la sociedad colonial (pese a la existencia de negros y mulatos libres) no se produjo en la dimensión generalizada que Urrutia señaló. Por ejemplo, las relaciones interraciales no se comportaron de igual modo en Occidente (zona de la economía de plantación y, por tanto, de mayor concentración del trabajo de los esclavos); y en el Centro y Oriente de la Isla (no sólo porque fueron escenarios de las tres guerras –en la región occidental sólo hubo batallas desde 1895– sino también por la historia muy peculiar que vivieron sus pobladores). Además, si bien es cierto que la fraternidad entre blancos y no blancos fue vital en el bando insurrecto tampoco es posible obviar que, independientemente de la voluntad política de los principales jefes por abolir la esclavitud y fomentar la armonía entre blancos, negros y mulatos para ganar la contienda bélica contra la metrópoli, subyacían ciertos prejuicios raciales que a posteriori afloraron con mayor nitidez en la República. Es evidente que la versión simplista de Urrutia sobre estos hechos no le permitió tener una aprehensión cabal de las complejidades del proceso histórico cubano. Por eso no resulta extraño que haya dicho en el artículo anterior que le parecía accidental que los comerciantes blancos dueños de las tiendas de ropa más lujosas de La Habana marginasen del trabajo en el mostrador a las muchachas negras y mulatas.

Otro elemento sustancial de este artículo es la comprensión de Urrutia acerca del vínculo indisoluble que existe entre la cuestión racial y el nacionalismo cubano, pues afirmó que la obra social que él estaba acometiendo también era de un nacionalismo puro. Evidentemente, estaba en lo cierto porque no era posible hablar de cubanía o de cubanidad únicamente desde una perspectiva de supremacía blanca puesto que los negros, los mulatos, y otros componentes étnicos que se asentaron en Cuba también aportaron algo de sí a lo que actualmente llamamos *lo cubano*. Por esta razón, apostilló:

«Como deseamos y debemos vivir en nuestro país como en casa propia, procuramos romper el hielo que nos cir-

cunda, haciéndonos comprender... [los blancos] han tratado y admirado a muchos negros notables, ilustres, pero desconocen el tipo medio, que dá [sic] fisonomía propia a nuestra raza. Esa gente anónima... es la que quiere, la que necesita que su tragedia se presente ante la conciencia cubana, para que nos ayude a ocupar el puesto que nos corresponde».²⁴

Esta última frase es clave para entender el accionar del movimiento social de los negros cubanos durante la primera mitad del siglo XX. Ellos, junto a los blancos, lucharon contra el colonialismo español en las tres guerras y, con el establecimiento de la República, decidieron reclamar su derecho –como cubanos– a participar de sus beneficios en igualdad de condiciones con sus paisanos blancos. Sin embargo, eran marginados por los sectores más poderosos de la burguesía.

Para Urrutia «Ideales de una Raza» no era una academia, ateneo o cátedra, sino un taller, laboratorio o clínica donde se exponían casos concretos. Esto puede constatarse en el tercer artículo que escribió bajo el título «En las tiendas». A lo largo de este texto reflexionó sobre la marginación que sufrían las mujeres de color (léase mestizas y negras) de no poder ocupar los puestos de atención al público en esas entidades lujosas de servicios cuyos dueños eran blancos acaudalados. Ellas quedaban relegadas al trabajo en los talleres o donde no fueran vistas por la clientela: Urrutia aseveraba que eso no sucedía en los diversos establecimientos dirigidos por la gente de color.

Con el objetivo de ahondar en dicha cuestión hizo un amplio comentario en torno a las relaciones interraciales en el cual subrayó que el público no repudiaba la dependencia integrada por las muchachas de color pues ellas eran tan laboriosas, formales, juiciosas, atentas y disciplinadas como las blancas. Su desventaja era que aún no poseían la habilidad que tenían en ese oficio las tenderas blancas, pero la lograrían cuando se les diera la oportunidad (que tuvo él en su momento) de trabajar en tales centros comerciales. Además, afirmó que no era una cuestión de temor a perder la clientela lo que cerraba las puertas de las tiendas a esas muchachas, sino la falta de igualdad de oportunidades para todas las mujeres, en lo cual él tenía razón. Y por eso fue partidario de que tanto las chicas blancas como las negras y mestizas tuviesen idénticas opciones para trabajar aunque primase el criterio de selección, el cual debería tener en cuenta la capacidad que demuestre cada una para ocupar el empleo y no el nepotismo o su belleza física y atractivo sexual. No obstante, lo esencial que puede captarse en sus meditaciones relativas a este asunto es su total convicción de que:

«Tampoco existe entre nosotros un antagonismo capaz de rozamientos entre las muchachas de distintas razas. Ellas trabajan juntas en los talleres de esos mismos estableci-

24. Ibid.

*mientos en la mayor intimidad y armonía [sic], unidas por los lazos simpáticos del compañerismo, como igualmente conviven en las mismas casas modestas de vecindad, y sus amistades nacidas al calor del trabajo o de la proximidad de sus habitaciones, duran muchas veces toda la vida».*²⁵

Este criterio debe ser tomado con suma atención porque si bien Urrutia tiene parte de razón en lo que aseveró, eso no deja de mostrar sólo una parte de la realidad que no resulta válido absolutizar ni mucho menos generalizar después de la terrible experiencia vivida por los cubanos en 1912. Además, en esos lugares de trabajo y domiciliarios donde interactúan negros, mulatos y blancos siempre era posible que surgieran y se reprodujeran ciertas manifestaciones de prejuicio racial porque son una consecuencia de la formulación de un juicio preconcebido y arbitrario (basado en las apariencias y no en la composición genética) de unos hacia otros que, por ambas partes, se transmite de generación en generación amén de que no existía en Cuba en aquella época (ni mucho menos ahora) un fuerte antagonismo racial como en Estados Unidos, por ejemplo.

Para profundizar en sus reflexiones se preguntó: ¿será por razones de estética que las muchachas de la raza negra están excluidas del comercio? En esta interrogante (que había quedado como cierre del artículo anterior) Urrutia focalizó su análisis en el texto titulado «Variaciones». Aquí introdujo otro aspecto que considero troncal en aras de conocer su pensamiento: la construcción social (o sociocultural) del concepto de raza que imperaba en su época y de la cual él se apropió cuando expresó que:

«Los blancos, los negros, los chinos, los indios tienen sus [propios] tipos de belleza y cada cual encuentra el suyo admirable».

«Mi abuelo negro, que era un príncipe lucumí (auténtico), con la nariz chata y belfudo, era la admiración de sus paisanos y llevaba con íntimo orgullo sus rayas en la cara. Y mi abuelo blanco, descendiente de la casa de Quirós se distinguía por su nariz, plusquam-perfecta que observaba con deleite reproducida en uno de mis tíos».

25. Urrutia, Gustavo E. 1928 - «Ideales de una Raza: En las tiendas» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 20 de abril de 1928, p. 8 (1ª sección).

26. Urrutia, Gustavo E. 1928 - «Ideales de una Raza: Variaciones» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 21 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

«[...] las muchachas de color, 'vistas a través de mi temperamento' [...] me lucen requetebién»

*«Y que las tenemos de todos los matices; de todos los tipos, desde el africano más puro hasta el 'cuasi' caucásico, pasando por las 'moras', 'chinas de la tierra', hijas de chino, pardas, etc. [sic], hasta lo que en matemáticas llamamos 'el límite'»*²⁶.

Urrutia reprodujo dichos calificativos psicosociales (como mora, parda o china) que están basados no sólo en estereotipos y/o prejuicios que perviven en la memoria colectiva del individuo (o ser social) cubano, sino también se sustentan en los aspectos de orden biológico, socioeconómico y sociocultural. Su valoración de la diversidad étnica y racial en Cuba es acertada (aunque en esta muestra, enfocada en el prisma del componente femenino de la sociedad, sólo se refería a las negras y a las mestizas). Y en este criterio se apoyó para elogiar un reportaje fotográfico publicado por el semanario *Carteles*²⁷, en cuyas páginas centrales aparecían retratados juntos en diversas fotos varios muchachos de color (léase negros y mulatos) y blancos, lo cual mostraba, a su entender, que dicha publicación estaba contribuyendo eficazmente a la felicidad de la patria. Sin embargo, no había una fotografía o primer plano que tuviese un texto al pie en el cual estuviese enfatizada la calidad deportiva de un negro o mulato.

En la aseveración anterior es notable la posición crítica que adoptó Urrutia frente al canon de belleza euro occidental impuesto en Cuba que, con su carácter excluyente, ha perneado desde hace mucho tiempo a nuestra cultura. Sin embargo, destacó la fascinación de los europeos por las bellezas del país y reconoció la sensibilidad de ellos para captarlas en su esencia (cosa que a los cubanos, en reiteradas ocasiones, les cuesta mucho trabajo). Aquí, de cierta manera, coincidía con Juan Marinello, quien dijo en 1925 que era preciso «*ir a lo vernáculo con ojos extranjeros y a lo extraño con ojos cubanos*»²⁸.

Para esa juventud femenina que estaba marginada del comercio, Urrutia pidió un espacio en su artículo titulado: «La defensa» (redactado, según él, en forma de ficción procesal). Su planteamiento fundamental es que con la participación de esas mujeres en dicha actividad económica se podría librar a la raza de color de la esclavitud económica puesto que la esclavitud civil de los negros había terminado a finales del siglo XIX. De lo anterior es muy interesante su intelección del concepto de *esclavitud* pues lo concebía básicamente como privación del derecho del individuo a disfrutar de su plena libertad de vida en la sociedad. En su opinión, el régimen legalmente establecido en la etapa colonial al que fueron sometidos los negros fue una *esclavitud civil*. Y en lo que iba de República, ellos (que ya se habían emancipado desde el punto de vista civil) sufrían una *esclavitud económica* porque no se les permitía acceder a ciertos empleos bien remunerados, por ejemplo, en el comercio, en la economía de servicios (léase las grandes tiendas de ropas) y otros. A pesar de estas dificultades él no cejaba en su empeño porque tenía fe en el triunfo de la equidad y la fraternidad universales y justamente era ahí donde estribaba, a su juicio, la esencia de los pensamientos e ideales de su raza, los cuales estaban sustentados también en luchar por la resolución de todos los problemas sociales que aquejaban a la patria y participar por derecho propio de sus logros²⁹.

En su artículo titulado «Frívolo», Urrutia varió su ángulo de reflexión dejando a un lado lo que sucedía en las tiendas de ropas y

27. Kiko 1928. - «Notas del 3er Carnaval Atlético [Reportaje Fotográfico]» - en: *Carteles*, Vol. XI, No. 16, La Habana, Abril 25, 1928, pp. 34-35.

28. Marinello, Juan 1925. - «Nuestro arte y las circunstancias nacionales» - en: *Cuba Contemporánea*, Año XIII, T. XXXVII, No. 145, La Habana, Enero 1925, p. 303.

29. Urrutia, Gustavo E. 1928. - «Ideales de una Raza: La defensa» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 22 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

en aquel tribunal imaginario del texto anterior. Entonces se ubicó a sí mismo como el centro o foco de atención del problema racial. Primeramente criticó al *Diario de la Marina*, y en particular a Lorenzo Frau Marsal, por no colocar –como era costumbre en éste y otros periódicos– una foto suya cuando anunciaron el inicio de la sección el día 16 de abril. También le molestó que le dijeran ingeniero en vez de arquitecto. Además, cuestionó el título de la columna el cual le parecía atractivo pero un poco vago, puesto que en él no quedaba claro a qué raza se refería.

Otro aspecto importante es su comentario en torno a las relaciones interraciales a través de sus experiencias o facetas de su vida social. Urrutia puso dos ejemplos: en el primero señaló que tenía numerosos amigos blancos que cuando querían darle una prueba de estimación le decían que no tendrían ningún inconveniente en sentarlo a su mesa. Pero realmente ellos no tenían una verdadera voluntad para hacerlo y todo quedaba en palabras hipócritas proferidas para quedar bien. Por su parte, aseveraba que siempre compartía su mesa con blancos y negros al unísono porque no consideraba que esto le trajese algún problema. En el segundo ejemplo relató una fiesta donde negros y blancos estaban en un mismo recinto escuchando y bailando la misma música, pero separados por una cuerda y una cortina (que no les permitía conocerse mutuamente). Esta normativa de separar a negros, mulatos y blancos caracterizaba a la sociedad cubana de entonces, independientemente de que no estuviera regulado por ningún decreto o ley. Según él, lo más urgente era recoger la cortina para que ambas razas interaccionasen en igualdad de condiciones, y después la cuerda se desataría sola.

Por todas las razones esbozadas anteriormente, Urrutia expresó que:

«Es un estado mental morboso, que, entre otras cosas denuncia una admirable ignorancia de la delicada percepción de un negro culto y digno, y también es una razón que sustenta mi opinión de que muchísimos señores blancos, que son muy buenas personas, no conocen ni por el forro el epítome de la ideología de los negros civilizados y en particular del negro cubano»³⁰.

Esta opinión de Urrutia sobre el desconocimiento de los blancos del modo de pensar de los negros en la primera mitad del siglo XX es el nódulo principal de su artículo «La base» en el cual decidió retomar los hilos conductores de su praxis social con el fin de precisar con mayor agudeza los objetivos básicos de su labor cívica que resumió solamente en dos:

30. Urrutia, Gustavo E. 1928. - «Ideales de una Raza: Frívolo» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 23 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

1. Contribuir al mejoramiento de las relaciones entre los habitantes de esta tierra.
2. Conquistar para mi raza los beneficios que ella merece sobre una base de sinceridad, cordialidad y respecto al criterio ajeno.

Sin embargo, para sustentar sus puntos de vista, apostilló:

«[...] Yo soy negro, y como tal sufro de ver que por causas complejas que trataré de estudiar después, mi raza, y yo con ella, sufrimos las consecuencias de una preocupación artificial y abstracta, que, por su fisonomía especial, se presta a ser destruida por aquellos blancos y negros de noble sentimientos [sic] y de inteligencia cultivada que por fortuna abundan entre nosotros, y con los cuales cuento yo para esta obra realmente altruista que estamos iniciando»³¹.

Considero que es acertado el planteamiento de Urrutia acerca de que los intelectuales más doctos (e inclusive los políticos) en Cuba tenían una preocupación artificial y abstracta respecto a los negros. No obstante, en esta época hubo excepciones a la regla como Fernando Ortiz a quien Urrutia mostró su respeto y tuvo en cuenta la labor investigativa sobre la población cubana no blanca que venía haciendo desde principios del siglo XX. Según su criterio, era crónico el desconocimiento que tenían muchos blancos sobre la ideología de los negros civilizados como él y, por consiguiente, del negro cubano. Por estas razones, insistía en que los negros tenían que hacerse entender (y ejercer una influencia incisiva) para coadyuvar a una mejora de sus relaciones sociales con los blancos. En mi opinión, Urrutia reconocía que, para lograr ese objetivo, no bastaban los esfuerzos y sacrificios hechos por los periodistas negros de antaño y hogaño cuyo mensaje (amén del nivel de divulgación que tuvieron sus medios de prensa) al parecer no provocó el interés de los intelectuales blancos o sencillamente éstos los ignoraron ex profeso. Por eso, consideraba que era necesario que blancos y no blancos intercambiaran ideas públicamente para darle solución al álgido problema racial.

Con estos siete primeros artículos Urrutia sentó las pautas que le sirvieron de base para presentar a los lectores de «Ideales de una Raza» el tópico nodular de sus reflexiones en torno a la problemática racial en Cuba. Y no fue por una mera casualidad que tituló su octavo texto «El diagnóstico». En esa suerte de informe médico señaló como punto de partida que la existencia de lo que se ha denominado *prejuicio racial* en el país no podía negarse y ni mucho menos ocultarse, aunque se notaba una mejoría en el lapso que separa la era de la esclavitud y los años que habían transcurrido del siglo XX. Sin embargo, su intelección de un problema tan controvertido como éste amerita un análisis más profundo, puesto que, a su modo de ver:

«[...] el prejuicio racial en Cuba es una mera ficción; un hábito mal llevado; un prurito de imitación exacerbado últimamente por el mayor contacto con 'el vecino de enfrente'»

«La preocupación racial entre nosotros no reside, afortunadamente, en el corazón. Es sin duda una dolencia

31. Urrutia, Gustavo E. 1928. - «Ideales de una Raza: La base» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 24 de abril de 1928, p.9 (1ª sección).

mental, no cardiaca. El cerebro es quien la mantiene y la cultiva, y no las pasiones, el odio, la repugnancia. Y por eso yo creo con mi terquedad vascongada, que es relativamente fácil combatirla y vencerla».

«[...] El prejuicio racial cubano está en la mente de los que guían nuestra conciencia nacional. Es una preocupación, un apercibimiento. En sus corazones y en el de los otros cubanos, en la gran masa, solo hay amor para sus hermanos negros»³².

A priori, considero que resulta erróneo tildar de mera ficción al prejuicio racial y decir que solamente se produce y reproduce en el cerebro de quienes dictan los destinos del país. En segundo lugar, las manifestaciones de prejuicio racial en Cuba –a las cuales se refería Urrutia– no constituyeron el resultado del contacto con (dígase también asimilación e imitación de) los patrones culturales norteamericanos ya que esta problemática surgió en la etapa colonial y, por tanto, los norteamericanos sólo se encargaron de agudizarla a partir de la ocupación de la isla en 1899. Tercero, no es atinada la afirmación de que es relativamente fácil combatirlo y vencerlo puesto que es una forma de negar la complejidad que presenta y que él mismo reconoció al decir que era un asunto delicado, tan espinoso y tan pasional. Esto explica, a mi juicio, por qué desde hace tanto tiempo el prejuicio racial es mucho más que una preocupación o un apercibimiento de los cubanos. Por último, su visión idílica y generalizante del «amor entre los negros y los blancos» –una constante en sus pensamientos iniciales– es harto cuestionable ya que, salvo en ciertas circunstancias concretas, no siempre correspondía con la realidad histórica del país.

En otro orden de cosas, Urrutia siguió examinando los aspectos enfocados en el plano de las relaciones interraciales y emitió un criterio basado en la cuestión intelectual para fundamentar su tesis sobre el prejuicio racial en Cuba. Subrayó que la alta mentalidad blanca cubana veía con cierta prevención (y no con temor) el desarrollo de la potencia mental de los negros. Y este recelo se explicaba porque ellos no sabían a dónde iba y qué quería su raza. La solución que propuso para superar ese problema fue la necesidad de convencer a los blancos «por la vía del cerebro» (léase mediante sus ideales) de que debían confiar en ellos y considerarlos como colaboradores y no como antagonistas. La principal razón consistía en que los negros, junto con los blancos, habían dicho la última palabra en el patriotismo heroico (o sea, en la guerra de independencia) y éste era el momento idóneo para desdoblarse en la faceta intelectual en aras de lograr el respeto y reconocimiento de los blancos doctos. Aquí se percibe un criterio acertado de Urrutia relativo a la exteriorización de su conciencia histórica exaltando el aporte de todos los cubanos, sin distinción racial, en la gesta liberadora.

32. Urrutia, Gustavo E. 1928. - «Ideales de una Raza: El diagnóstico» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 25 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

Urrutia prosiguió esta misma línea meditativa y escribió el artículo «Honrar padre y madre», en el cual se refirió a quienes contribuyeron a la inserción de los negros en la sociedad colonial cubana; y, además, en qué medida respondieron ellos ante dicho intensivo o estímulo social. Acerca de ambas cuestiones expresó:

«Es justo recordar también con gratitud, la generosidad de aquellos corazones blancos [...] que no se contentaban con la libertad material del negro, y se interesaban en la moral, ayudando a educarse al hombre de color para elevarlo hasta ellos, pues estimaban que era una obra de reparación que le debían, por las injusticias de la esclavitud».

« [Y]lo que es realmente conmovedor es el ardor, el entusiasmo, la ciega fe en el destino, de aquellos nuestros antepasados negros, muchos de ellos completamente analfabetos, que se sacrificaron en todo para lograr que los hijos de sus entrañas aprendieran a leer, escribir y contar, y a oficios, produciendo aquella generación de artesanos de color que, respondiendo a los anhelos de progreso y de cultura sembrado en sus almas por sus mayores, fundaron aquellas sociedades de recreo, instrucción y socorros mutuos, aquellos verdaderos seminarios donde nos formamos nosotros»³³.

Al elogiar la actitud «generosa» de aquellos blancos ilustres como Salvador Cisneros Betancourt, Miguel Aldama, Rafael Montoro y Arsenio Martínez Campos (por citar cuatro hombres cuyas posiciones políticas eran divergentes) Urrutia sólo prestó atención a la contribución de ellos al blanqueamiento intelectual de los negros. Esto se relaciona con su intelección de la libertad que resulta interesante pues reconoció que el negro no debía conformarse con obtener la libertad material (entendida como la posibilidad de moverse y valerse por sí mismo en la sociedad) porque ésta no sería suficiente si no iba acompañada de una libertad de carácter moral, la cual se lograría mediante la instrucción académica, que transmitía los patrones culturales de acorde con la ética social establecida. Y, por esta razón resaltó también la voluntad de algunos negros por intentar salir adelante e insertarse en la sociedad cubana desde la época colonial. Este fue el caso de Antonio Medina, el maestro de Juan Gualberto Gómez y otros educadores negros de prestigio, entre los cuales él citó a su propio padre: Enrique Urrutia. El ejemplo que le legaron las dos generaciones anteriores (los padres y los abuelos) indujo a Gustavo Urrutia a sentenciar que: ojalá podamos hacer por nuestros hijos lo que hicieron nuestros padres por nosotros. Por eso decidí honrarlos a través de este laudatorio escrito en el cual no dejó de insistir en que su generación tenía que continuar la misión histórica iniciada por sus antecesores: pedir a los paisanos blancos

33. Urrutia, Gustavo E. 1928. - «Ideales de una Raza: Honrar padre y madre» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 26 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

un lugar en el estrado cubano. Además, en este texto intentó demostrar que hubo negros ilustres tanto en las filas del mambisado como fuera de ellas. Y, a mi modo de ver, sostuvo el criterio de que la labor de los últimos era más importante y edificante que la desempeñada por quienes hicieron la revolución.

Urrutia se esforzó para demostrarle a la directiva del *Diario de la Marina* su capacidad para mantener una sección con un tema específico. Durante nueve días consecutivos presentó un artículo y resulta muy evidente la correspondencia que existe entre cada uno. El primer texto está basado en las facetas de su vida social que le permiten presentar, grosso modo, el tema que mueve su reflexión a través de su propia experiencia. En el segundo explicó los aspectos más importantes de su lucha por el mejoramiento de su raza en el país que ya había señalado. En el tercero puso sobre el tapete un hecho concreto que desde hacía mucho tiempo observaba en las tiendas de ropa de la calle San Rafael para ilustrar mejor sus criterios. En el cuarto respondió una interrogante acerca de la diversidad (léase variantes) de belleza de las mujeres cubanas negras y mestizas que daba continuidad al escrito anterior. En el quinto expuso la esencia del ideal de su raza e insistió en los alcances de su prédica social a través de un ejercicio de defensa semejante al de un abogado. En el sexto retomó lo relacionado con las relaciones interraciales que ya venía tratando desde el principio, aunque se detuvo en cuestiones de índole personal tildadas de frivolidades que, a juzgar por los hechos que citó, no eran tales. En el séptimo repasó y aclaró los objetivos centrales que le servían de base en su trabajo periodístico. En el octavo reflexionó sobre el mal social que había diagnosticado tras varias indagaciones: el prejuicio racial o racismo criollo. En el noveno exaltó los antecedentes generacionales que le sirvieron de inspiración para acometer esta obra patriótica: al decir «madre» hablaba de la patria y al aludir a los padres indicaba a sus antepasados más cercanos (progenitores y abuelos del sexo masculino). Pero en el décimo y último artículo publicado en el mes de abril de 1928, cuyo título es «Ripios», Urrutia rompió con esa lógica expositiva y aseveró que:

«Las emociones, las cavilaciones, la angustia que ha provocado en mi ánimo esta obra altruista que he emprendido: todo este trajín que me traigo yo solo, imaginando que, lo que yo siento dentro de mi, es el eco de la conmoción producida por mis escritos en la conciencia nacional; todo ese conjunto de agentes psicológicos que estoy poniendo en juego para salvar a mi patria, me han producido, como secuela natural de tanta complicación [...] un catarro que [...] a la verdad, no me lo merezco».

34. Urrutia, Gustavo E. 1928. - «Ideales de una Raza: Ripios» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 27 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

«Yo esperaba una dolencia mental... aristocrática, presentable»³⁴.

Como se puede constatar, Urrutia no reflexionó en este texto sobre la problemática racial como venía haciéndolo, a su estilo, en los trabajos anteriores. En realidad, escribió este artículo sólo para cumplir con una mera formalidad que le permitiese mantener este espacio porque como dijo jocosamente: no le convenía perder la clientela (sus lectores) ni la tienda (la columna en el Diario). Independientemente de su malestar físico, quiso expresar un estado de inconformidad, insatisfacción y decepción respecto al alcance de su trabajo en «Ideales de una Raza». Todo parece indicar que se sintió ignorado por quienes reclamaba atención. Éstas son las razones por las cuales seleccionó tal título y no otro, puesto que su estado anímico era hartamente elocuente.

Urrutia, como todo intelectual de cualquier época, pretendía influir con su prédica social en un cúmulo de personas tales como: sus amigos los comerciantes de origen hispano y cubano; todas las gentes civilizadas; muchísimos blancos cubanos y españoles previsores y generosos (buenas personas o simplemente buenos); otros blancos y negros de nobles sentimientos e inteligencia cultivada. Ellos, que eran un conjunto de agentes psicológicos que formaban parte de la conciencia nacional o conciencia cubana, constituían esa minoría selecta (o espíritus selectos) de lectores de todo el país a quienes él se dirigía desde su taller, laboratorio o clínica.³⁵ De esta gama de factores se deriva su interés por incorporar a su causa a personas competentes y sin distinción de raza.

La conciencia nacional es, según el criterio de Urrutia, el conjunto de individuos que están en mejores condiciones de aportar su talento intelectual o su poder a nivel social para solucionar los problemas más álgidos de la nación. Tres años antes Jorge Mañach la había definido como algo que engloba una serie de actitudes y/o manifestaciones de carácter humano, entre ellas: las aspiraciones, las preocupaciones y los estados de ánimo expresados por las personas.³⁶ Ambos planteamientos tienen puntos de contacto pese a que no están enfocados de igual manera puesto que dichos pensadores parten desde perspectivas analíticas diferentes. Sin duda, este factor subjetivo constituye también un vehículo canalizador de la cultura.

Precisamente, otro elemento interesante para analizar el pensamiento de Urrutia es revelar su noción de cultura dado el importante papel que ella desempeña en la producción y reproducción del racismo en los seres humanos. Además, este elemento forman parte de la cultura, aunque nadie quiera reconocerlo. Por estos y otros motivos el problema racial tiene un alto nivel de complejidad.

Para reflexionar acerca de lo que Urrutia entendía por cultura extraje los siguientes textos:

«Nuestros ideales, desde luego, son idénticos a los de todas las gentes civilizadas...»

35. Véanse las referencias: 22, 23, 25, 29, 30, 31, 34.

36. Mañach, Jorge 1925. - *La crisis de la alta cultura en Cuba*. - La Habana: Imprenta y Papelería La Universal, p. 13.

«[...] *muchas personas afables pero sin la cultura universal de Frau [Marsal] [...] cuando quieren halagarme [...] me llaman Ingeniero o Doctor...*»

«[...] *Ya ha llegado el momento de que nos manifestemos [ante los blancos], de que les expliquemos llanamente nuestros pensamientos; qué es lo que la cultura nos ha enseñado*».³⁷

En este período, las concepciones de cultura que predominaban en Cuba –en el discurso intelectual– fueron, como tendencia general, las referidas a lo puramente artístico y literario y a la educación y/o instrucción académica. Ambas pertenecen a un concepto estrecho de cultura donde prevalece el enfoque idealista. La primera está relacionada con lo que puede entenderse como *Cultura Artística y Literaria*. Esto se expresa en el término *Bellas Artes* (pintura, escultura, música, literatura, cine, teatro y arquitectura) que es sinónimo de *Alta Cultura*. La segunda identifica la cultura con la *instrucción académica*, que en mi criterio es una de las facetas de la *educación*.

En mi opinión, Urrutia se apropió de un concepto de *Cultura* cuyo énfasis está en la segunda concepción, aunque no desestimó la primera al referirse a Frau Marsal. Por esta razón, entendió por cultura universal (y cultura a secas) todo conocimiento aprendido principalmente a través de la instrucción, en su sentido más amplio, porque, a su modo de ver, una educación acorde con los patrones morales de aquella sociedad dependía de una buena aprehensión de este legado cultural establecido al que lógicamente los negros debían acceder³⁸.

A pesar del esfuerzo de los negros por elevar su nivel cultural, esa misma sociedad burguesa los marginaba de ocupar plazas en ciertos puestos de trabajo de importancia y de buena remuneración que estaban destinados a los blancos. En «Ideales de una Raza» Urrutia expresó y fundamentó sus ideas de cómo luchar contra la discriminación racial en Cuba desde una perspectiva socioeconómica que planteaba que los negros cubanos debían desarrollarse social y económicamente como colectividad hasta llegar a ser un factor influyente en la sociedad. De esta manera, podrían obtener el reconocimiento pleno y el disfrute de todos sus derechos³⁹. Ésta constituyó una de sus tesis centrales a lo largo de su ejecutoria periodística.

V.- El arte del decir: notas sobre el discurso de Urrutia y su direccionalidad discursiva

Estos diez primeros textos de Urrutia me indujeron a realizar un breve análisis de su retórica sobre la base de qué dijo, cómo lo dijo y qué cosas no dijo. Es evidente que para dirigirse a esa minoría selecta –integrada principalmente por intelectuales blancos, mulatos y negros– empleó un discurso básicamente de carácter eugenésico, donde

37. Véanse las referencias, 23, 30, 32.

38. Urrutia comentó el interés por la educación de los negros que expresaron Arsenio Martínez Campos (Capitán General de la Isla) y otros blancos cubanos cultos de disímiles tendencias políticas e ideológicas tras concluir la Guerra de los Diez Años. Véase: Urrutia, 1928, op cit., 26 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

39. Fernández Robaina, 1986, op cit., p. 139.

resaltan el predominio del elemento laudatorio y la sobrecarga de eufemismos. Pero este tipo de discurso había pasado de moda en los años veinte porque ya estaba en crisis esa costumbre de reflexionar sobre los problemas del país a través de un enfoque netamente biologicista; ni mucho menos era factible el intento de continuar promoviendo una virtud doméstica en la isla que realmente nunca existió. No obstante, hubo varios intelectuales que no superaron esa retórica.

Durante la *Década Crítica* (y a partir de ella) el discurso de un reducido sector de la intelectualidad cubana fue sufriendo una variación sustancial como se aprecia en la expresión de los jóvenes intelectuales (principalmente, los miembros del Grupo Minorista, otras personas vinculadas con las vanguardias artística, literaria y/o política y los estudiantes universitarios). En sus puntos de vista ellos enfocaban la problemática social del país desde una perspectiva contestataria según se iba tornando convulsa la circunstancia nacional. Desempeñar el papel de *consejeros del poder*, como intentó hacer la generación reunida en torno a la revista *Cuba Contemporánea*, no les parecía la opción más atinada pues había llegado el momento de actuar como *conciencia crítica* de la sociedad lo cual suponía poner en tela de juicio la gestión presidencial de Zayas primero y posteriormente la de Machado. En cambio, Urrutia (al igual que varios miembros del movimiento social de los negros y mulatos cubanos) se empeñaba en mostrarle su total confianza a este último porque, a su entender, «El General», a diferencia de todos sus antecesores, estaba haciendo una verdadera campaña por la regeneración de las costumbres públicas y la reafirmación del nacionalismo⁴⁰.

Las dos frases siguientes que seleccioné ilustran las anteriores aseveraciones acerca del rasgo fundamental del discurso de Urrutia. Primero expresó: «*Pero ustedes no conciben que un espíritu se sienta enfermo si el cuerpo está sano*»⁴¹, para referirse al problema racial como una *preocupación netamente espiritual* que había *enfermado* la mente de los cubanos y, por tanto, afectaba la buena marcha de la vida en la República que constituía, según su criterio, un cuerpo sano. Y después añadió: «[estoy estudiando] *esta enfermedad que yo califico de mental: el racismo criollo...*»⁴² con el fin de significar que pretendía encontrar el antídoto, la medicina o la fórmula que le permitiera extirpar de la mente de los pobladores de la Isla ese espíritu maligno y así resolver tal problemática social que, como otras, si se analizaba con buena voluntad, era sencilla en el fondo; pero era necesario plantearla en términos claros y precisos⁴³. Todas estas percepciones están muy a tono con la exteriorización de un excesivo optimismo, lo cual provocó que en estos primeros trabajos tuviese una visión muy simplista de la solución de dicha cuestión, puesto que aseveró en su diagnóstico que la preocupación racial proponía un combate relativamente fácil, anticipando su derrota.⁴⁴

Urrutia veía el prejuicio y el racismo como errores que era necesario erradicar. Por estas razones se preguntaba si los blancos y los negros cubanos podían trabajar conjuntamente para localizar el

40. Urrutia, 1928, op cit., 19 de abril de 1928, p. 8 (1ª sección).

41. Urrutia, 1928, op cit., 24 de abril de 1928, p. 9 (1ª sección).

42. Urrutia, 1928, op cit., 26 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

43. Urrutia, 1928, op cit., 19 de abril de 1928, p. 8 (1ª sección).

44. Urrutia, 1928, op cit., 25 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

error, que posibilitaba la afloración de dichos problemas, y eliminarlo. Además, señaló que los jóvenes de color estaban tristes porque sufrían un castigo sin saber qué clase de faltas habían cometido. Y para revertir ese abandono accidental era preciso iniciar una obra amable de levantar al caído⁴⁵ (que en este caso eran los negros y mulatos).

Dichas lacras o flagelos sociales no surgieron en Cuba como consecuencia de una lamentable equivocación humana –como Urrutia trataba de hacer ver– sino como resultado de un devenir histórico cuyos inicios se remontan al proceso de conquista y colonización que las grandes potencias de Europa Occidental acometieron en América desde los primeros años del siglo XVI. Aquí se inserta la llamada trata negrera que, en nombre del progreso socioeconómico del capitalismo, arrancó violentamente de sus tierras a miles de africanos. Tales elementos constituyeron el caldo de cultivo fundamental del problema racial en Cuba particularmente.

Sólo un hombre con la formación de Urrutia podía pensar de este modo porque: 1) no sufrió en carne propia las penurias de la esclavitud ya que su padre era un moreno (negro) libre y su madre una parda (mulata) libre⁴⁶ y, por tanto, no tuvo que luchar por su libertad pues nació con ella; 2) gozó del privilegio de acceder a la instrucción pública desde un nivel primario, pasando por la enseñanza técnico-profesional, hasta el universitario que cursó desde los treinta años de edad; 3) ocupó puestos de alta responsabilidad y de confianza en la esfera comercial antes de dedicarse a la arquitectura y al periodismo; 4) su contacto con los blancos tanto en el plano laboral (jefes y clientes) como en el plano afectivo (amigos y condiscípulos) fue pleno. Dichos elementos explican por qué en ciertas ocasiones emitía juicios que no se ajustaban a la realidad histórica, por ejemplo, cuando exaltaba la labor de una presunta junta abolicionista española en la emancipación de los esclavos en la Isla⁴⁷, sin mencionar lo que hicieron en ese mismo sentido varios cubanos que defendieron tales ideales antes, durante y después de 1868, ni el afán de los mambises para legitimar este derecho humano desde la manigua. Según su conciencia histórica solamente hubo abolicionistas españoles y esto no es cierto.

Siguiendo una lógica de pensamiento respecto a las relaciones interraciales en Cuba, durante aquella época puede apreciarse que tampoco resulta extraño que, a título personal, Urrutia creyera en la sinceridad con que lo trataban sus amigos comerciantes (lo cual pudo ser cierto) y en lo limpio que estaban sus corazones de toda pre-ocupación racial. Esto último explica por qué él se preguntaba: ¿pueden haber cambiado tan radicalmente esos hombres? y ¿qué motivos habían dado los negros?⁴⁸ Pese a la aparente ingenuidad de estas interrogantes hay que significar que reconoció que ellos marginaban a las muchachas negras y mulatas de los puestos de atención al público en las tiendas de ropa.

En otro orden de cosas, Urrutia subrayó que en esos establecimientos las trabajadoras blancas y negras estaban unidas por

45. Véanse las referencias 22, 23, 29.

46. Archivo Universidad de La Habana, Fondo Secretaría General, Expediente de estudios del Sr. Gustavo E. Urrutia y Quirós. Año de 1911, Legajo, letra U-2, No. 77, folio 2.

47. Urrutia, Gustavo E. 1928 - «Ideales de una Raza: La defensa» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 22 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

48. Urrutia, 1928, op cit., 18 de abril de 1928, p. 8 (1ª sección).

los lazos simpáticos del compañerismo lo cual es cierto en sentido general, sin embargo, en esos lugares no siempre se vivía en una armonía perfecta como el autor intentaba hacer creer. Pese a ello, su texto indica (entre líneas) que no se dan de igual manera los vínculos entre patronos y tenderas (dominadores y subalternos) y los que se establecen orgánicamente entre las trabajadoras que, inclusive, trasciende del marco laboral⁴⁹. Por esas razones se cuestionaba si cabía esperar que el cariño fraternal que existió entre blancos y negros durante la esclavitud y en la guerra de independencia se renovaría en la actualidad republicana. Y su respuesta era, por supuesto, afirmativa.⁵⁰

Uno de los aspectos mejor logrados en la retórica de Urrutia, en estos textos, es el sistema de preguntas que estableció y utilizó para promover una reflexión acerca de la ideología de la denominada raza de color en Cuba. Al cuestionarse cómo pensaba, sentía y sufría, qué anhelaba y quería, y adónde se dirigía ese grupo poblacional mostró a sus lectores las claves para hurgar en la mentalidad de la gente que representaba y defendía, porque solamente así los blancos podrían llegar a entenderlos. Por eso expresó que existía un estado mental morboso que denunciaba una admirable ignorancia por parte de los blancos de la delicada percepción de un negro culto y digno acerca de los asuntos más vitales del país.⁵¹ En esta frase insistió en el poco reconocimiento social de la capacidad intelectual de los negros como él y señaló que su objetivo para superar esta situación era dar a conocer lo que entendía por ideología de los negros. Además, se afanó en persuadir y conmover a quienes iba dirigido su mensaje puesto que les pidió su colaboración para cruzar ideas al respecto, ya que le preocupaba también la opinión de los blancos acerca de la forma de pensar de las personas no blancas.

Es muy importante analizar el modo en que Urrutia manifestaba sus identidades en su praxis social. La identidad sociogrupal⁵² es un concepto que parte del estudio de las representaciones sociales de un grupo y revela además las percepciones que cualquier agrupación humana tiene de sí misma (aunque no descarta a los individuos por sí solos). Por ejemplo, a pesar de que Urrutia tenía trabajo estable, se consideraba un miembro de la llamada clase pobre, pero no en el sentido de que estaba sufriendo un estado de miseria extrema, sino por pertenecer a un sector de la clase media y no a la elite adinerada y corrupta del país.⁵³ Por tanto, al hablar de la gente pobre se refería a las personas sencillas y modestas del pueblo cubano a las cuales estaba muy orgulloso de representar.

Por otra parte, Urrutia manifestó su identidad cultural cuando expresó: «*se ha querido copiar por ciertos elementos decadentistas, otros hábitos ridículos o groseros de este vecino [de enfrente], cuyas virtudes no les interesan tanto*». ⁵⁴ Evidentemente, estaba criticando la influencia cultural de los Estados Unidos en Cuba, la cual trajo consigo –además de la dependencia socioeconómica, político e ideológica– la asimilación del *American way of life* como patrón o canon ina-

49. Urrutia, 1928, op cit., 20 de abril de 1928, p. 8 (1ª sección).

50. Urrutia, 1928, op cit., 19 de abril de 1928, p. 8 (1ª sección).

51. Urrutia, Gustavo E. 1928, op cit. 23 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

52. Entendida como el conjunto de las cuestiones referentes a la autoimagen y las valoraciones de ésta que se derivan del sentido de pertenencia de los individuos a un determinado grupo social; e incluye las actitudes y las emociones. Además, gran parte de esa autoimagen y de los valores asociados a ella se originan en las comparaciones con otros grupos que también cohabitan en el medio social. Consúltese: Morales Fundora, Sandra 2001. - *El negro y su representación social (Aproximación a la estructura social cubana actual)* - La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, pp. 57-59.

53. Urrutia, 1928, op cit., 26 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

54. Urrutia, 1928, op cit., 25 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

movible de la sociedad burguesa neocolonial. Y, por otra, en cuanto a su identidad racial (que también se relaciona con las representaciones sociales) es preciso significar que él, en estos diez artículos, la defendió y enarboló con mucho orgullo puesto que siempre decía frases como: yo soy negro, mi raza sufre y yo con ella, siento un gran amor por mi gente.⁵⁵

Dentro de la jerga periodística es inevitable hacer alusión a otras personas y, en este sentido, Urrutia fue muy respetuoso al referirse a sus lectores (reales o potenciales) o a otras personalidades reconocidas como Frau Marsal por ejemplo, pero era implacable y despiadado con sus enemigos. A quienes conocía desde su temprana juventud, los tildaba de aguafiestas y utilizaba la ironía para mofarse de ellos cuando hablaba de los miembros de la simpática o venerable institución de los aguafiestas que si bien le hacían preguntas sobre su futuro con la mejor intención, tampoco dejaban de ejercer su benéfica influencia y de preparar sus baterías y afinar la puntería en su contra por lo bien que le iba en su vida laboral y profesional. Mientras, a sus antagonistas más contemporáneos los llamaba sarcásticamente orejudos porque –según él– daban coces como los burros y, además, aplaudían con las orejas.⁵⁶ Aunque a él no le interesaba escribir para ellos se divertía ridiculizando a unos e insultando a otros sin perder la cordura. Su mensaje iba dirigido a las personas de corazón abierto a los impulsos generosos y con una mentalidad preparada para comprender la razón de ser de su prédica social⁵⁷. En su opinión, la raza negra vivía acorralada en la sociedad cubana porque muchos blancos, pese a los esfuerzos de los abolicionistas españoles de antaño, no tenían aún su mente preparada para entender que todos los cubanos debían convivir en igualdad de condiciones.⁵⁸

En síntesis, el discurso de Urrutia es coherente en aspectos puntuales relacionados con la necesidad de luchar por la igualdad de derechos civiles de los negros cubanos. No obstante, al apoyarse en sus conocimientos de historia nacional es evidente que su retórica muestra carencias y fisuras reflejadas en algunos criterios ahistóricos. ¿Cómo podía Urrutia hablar de fomentar la fraternidad o el amor entre blancos y no blancos y, a la vez, omitir (consciente o inconscientemente) los sucesos de 1912 que dejaron una huella muy profunda en los negros y mulatos de Cuba? Pero esta interrogante la dejo abierta para una nueva aproximación a la obra de este destacado y, a la vez poco conocido, pensador cubano.

55. Véanse las referencias 23, 27, 30, 32.

56. Véanse las referencias 23 y 32.

57. Urrutia, Gustavo E. 1928 - «Ideales de una Raza: La base» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 24 de abril de 1928, p. 9 (1ª sección).

58. Urrutia, Gustavo E. 1928 - «Ideales de una Raza: La defensa» - en: *Diario de la Marina*, La Habana, 22 de abril de 1928, p. 7 (1ª sección).

Bibliografía

- Callaba, Juana Rosa 1988. - «La alternativa oligárquico - imperialista: Machado» - en: Instituto de Historia de Cuba, *Historia de Cuba. La Neocolonia. Organización y crisis desde 1899 hasta 1940*. La Habana: Editorial Félix Varela, 2004, pp. 240-281.
- Fernández Robaina, Tomás 1986. - «Apuntes para una aproximación al pensamiento y obra de Gustavo E. Urrutia (1881 - 1958)» - en: *Unión*, No. 2, La Habana, pp. 139-147.
- Fernández Robaina, Tomás 1994. - *El negro en Cuba 1902 - 1958. Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*. - La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Fornet, Ambrosio 1967. - *Blanco y negro*. - La Habana: Instituto del Libro.
- Guanche Pérez, Jesús 1996. - *Componentes étnicos de la nación cubana*. - La Habana: Ediciones UNIÓN.
- Gutiérrez Coto, Amauri Francisco 2001. - *Acerca de lo negro y la africanía en la lengua literaria de Motivos de son de Nicolás Guillén (un nuevo análisis del problema)* - Pinar del Río: Ediciones Vitral.
- Helg, Aline 2002. - «La masacre racista de 1912 (Fragmento)» - en: *La Jiribilla*, No. 42, La Habana, <http://www.lajiribilla.cu>.
- Ibarra Cuesta, Jorge 2002. - *La polémica entre Jorge Mañach y Gustavo Urrutia en 1931- s/e*.
- Kiko 1928. - «Notas del 3^{er} Carnaval Atlético [Reportaje Fotográfico]» - en: *Carteles*, Vol. XI, No. 16, La Habana, pp. 34-35.
- Le Riverend, Julio 1975. - *La República. Dependencia y Revolución*. - La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Lewis, Rupert 1988. - *Marcus Garvey. Paladín anticolonialista*. - Ciudad de La Habana: Casa de las Américas.
- Mañach, Jorge 1925. - *La crisis de la alta cultura en Cuba*. - La Habana: Imprenta y Papelería La Universal.
- Marinello, Juan 1925. - «Nuestro arte y las circunstancias nacionales» - en: *Cuba Contemporánea*, Año XIII, T. XXXVII, No. 145, La Habana, pp. 301-304.
- Morales Fundora, Sandra 2001. - *El negro y su representación social (Aproximación a la estructura social cubana actual)*. - La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Pichardo, Hortensia 1973. - *Documentos para la Historia de Cuba*. - Tomos II y III, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Pino-Santos, Oscar 1972. - *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui*. - La Habana: Editorial Orbe.
- Pividal Herryman, Lilianne 2000. - «Ideales de una Raza. Página dominical. Tribuna de ideas cubanas» - en: *Vivarium*, No. XVII, La Habana, pp. 60-63.
- Prieto, Alberto 1986. - *Apuntes para la historia económica de América Latina*. - La Habana: Editorial Pueblo y Educación.

Toro, Carlos del & Gregorio Collazo 1988. - «Primeras manifestaciones de la crisis del sistema neocolonial (1921-1925)» - en: Instituto de Historia de Cuba, *Historia de Cuba. La Neocolonia. Organización y crisis desde 1899 hasta 1940*. La Habana: Editorial Félix Varela, 2004, pp. 194-239.

Documentos consultados:

Archivo Universidad de La Habana, Fondo Secretaría General, *Expediente de estudios del Sr. Gustavo E. Urrutia y Quirós*. Año de 1911, Legajo, letra U - 2, No. 77.

Diario de la Marina - «Los ideales de una raza» - en: *Diario de la Marina* (La Habana), 16 de abril de 1928.

Urrutia, Gustavo E. - «Ideales de una Raza: De la propia experiencia» - en: *Diario de la Marina* (La Habana), 18 de abril de 1928.

————— «Ideales de una Raza: Explicando» - en: *Diario de la Marina* (La Habana), 19 de abril de 1928.

————— «Ideales de una Raza: En las tiendas» - en: *Diario de la Marina* (La Habana), 20 de abril de 1928.

————— «Ideales de una Raza: Variaciones» - en: *Diario de la Marina* (La Habana), 21 de abril de 1928.

————— «Ideales de una Raza: La defensa» - en: *Diario de la Marina* (La Habana), 22 de abril de 1928.

————— «Ideales de una Raza: Frívolo» - en: *Diario de la Marina* (La Habana), 23 de abril de 1928.

————— «Ideales de una Raza: La base» - en: *Diario de la Marina* (La Habana), 24 de abril de 1928.

————— «Ideales de una Raza: El diagnóstico» - en: *Diario de la Marina* (La Habana), 25 de abril de 1928.

————— «Ideales de una Raza: Honrar padre y madre» - en: *Diario de la Marina* (La Habana), 26 de abril de 1928.

————— «Ideales de una Raza: Ripios» - en: *Diario de la Marina* (La Habana), 27 de abril de 1928.